



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A UNA DELEGACIÓN DE LOS HERMANOS OBLATOS DIOCESANOS

Viernes, 14 de abril de 2023

[[Multimedia](#)]

Queridos hermanos, ¡buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias por su saludo al Superior y me alegra acoger a un grupo de hermanos consagrados. Para mí son valiosas las ocasiones en las que puedo reunirme con hermanos consagrados: es un testimonio del valor de esta presencia en la Iglesia, que merece ser redescubierta. Por esto os agradezco y os animo porque sois un signo, pequeño pero importante, diría indispensable, en el mosaico de las vocaciones en la Iglesia.

En primer lugar, vosotros sois signos de la *fraternidad según el Evangelio*. Y lo sois precisamente con vuestro *ser hermanos*: no con las cosas que hacéis, con la organización, las actividades... Todas estas cosas son buenas y son necesarias, pero la fraternidad se construye con *una forma concreta de vida*. Una forma estable, que cada uno de vosotros naturalmente vive de una forma diferente, con su propia personalidad, sus propios dones y también con sus propios límites; pero la característica común y calificante es esta fraternidad. Pienso —y espero— que esto sea para vosotros motivo de alegría interior, porque es vuestra forma de asemejaros a Jesús, que ha vivido esta dimensión del ser hermanos de cada hombre, hermano universal. Es un aspecto propio del misterio de la Encarnación. Esto es lo primero que os deseo: la alegría de ser hermanos.

Vosotros sois hermanos *oblato*s. Este es el segundo aspecto: la oblación, el *don de sí en el servicio*. Jesús, de la forma de Dios, ha asumido la forma de siervo; pero atención: no un servicio de los que todos dicen: ¡qué bueno!, un servicio para aplaudir, “que se convierte en noticia”. No. Un servicio escondido, humilde, a veces también humillante. Este —lo sabemos— es el camino que debe seguir todo cristiano. Pero vosotros lo tenéis por carisma: la oblación. Y también aquí, a

quien vive así, el Espíritu Santo dona una alegría interior. Hablaba de ello a menudo Madre Teresa; la alegría de servir. Cuando María fue a ayudar a Isabel, no estaban esperándola los fotógrafos, no había periodistas. Nadie lo supo. Y precisamente aquí está la alegría: ¡que lo sabe solo el Señor! La *bienaventuranza del servicio*. Este es mi segundo deseo.

Y el último está unido al hecho de que sois *diocesanos*. Hermanos oblatos diocesanos. También esta es una dimensión de la Encarnación: ser fieles a una tierra, a un pueblo, a una diócesis. ¡A veces quisiéramos salvar el mundo! Pero Dios te dice: sé fiel a ese servicio, a esas personas, a esa obra... Jesús ha salvado al mundo dando la vida por las ovejas perdidas de la casa de Israel, y así cumplió la fidelidad del Padre; amó hasta al final a los que el Padre le había dado, derramó su sangre por ellos, y así la derramó por todos. Esta es la ley del amor: no se puede amar la humanidad en abstracto, se ama a esa persona, a esas personas. ¡La fidelidad es un bien raro! Ya lo decía un salmo: «se acabaron los veraces entre los hijos de Adán» (*Sal* 12,2). El servicio diocesano es una escuela de fidelidad. Y vosotros lo hacéis con vuestro ser hermanos oblatos.

Fraternidad, oblación, diocesanidad. ¡Un buen programa de vida! Que el Señor os acompañe siempre en este camino y la Virgen os custodie en la alegría y en la felicidad. Os bendigo de corazón y os pido que recéis por mí. ¡Gracias!